

El libro *La Violencia en Colombia* (1962 - 1964). Radiografía emblemática de una época tristemente célebre*

The Book *La Violencia en Colombia* (1962 - 1964).
An Emblematic Analysis of a Sadly Famous Period

Jefferson Jaramillo Marín**

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia

Resumen

Dos acontecimientos históricos marcaron los inicios del Frente Nacional en Colombia. El primero de ellos sucedió en mayo de 1958 cuando el gobierno de transición, liderado por una Junta Militar, creó la Comisión Nacional Investigadora de las Causas y Situaciones Presentes de la Violencia en el Territorio Nacional. El segundo coincidió con la publicación en julio de 1962 del primer tomo del libro *La Violencia en Colombia*. Mientras el objetivo de la Comisión fue básicamente servir de espacio institucional para tramitar las secuelas de la denominada Violencia, el objetivo del libro fue servir de plataforma académica y expresión de denuncia para revelar etnográfica y sociológicamente sus manifestaciones en las regiones. A partir de un acopio de material de archivo de prensa de la época y entrevistas a expertos, este artículo sostiene que, en su momento, fue la Comisión la que no logró su objetivo, dado el carácter pactista que tuvo esta iniciativa. Sin embargo, las metas propuestas fueron alcanzadas cuatro años después con la publicación del libro. Es decir, que aquella radiografía regional de las secuelas del desangre que la Comisión logró parcialmente sería luego profundizada radicalmente por un libro que pronto devendría en la memoria emblemática de la época.

Palabras clave: Colombia, Comisión de 1958, Frente Nacional, La Violencia.

* Conferencia ofrecida en el marco del panel “El libro *La Violencia en Colombia*: 50 años de una radiografía emblemática y fundacional” realizado el 8 de octubre de 2012 en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Este evento fue organizado por los departamentos de Sociología de esta universidad, de la Universidad Nacional de Colombia y la Escuela de Ciencias Humanas de la Universidad del Rosario.

** Doctor en Investigación en Ciencias Sociales (Flacso, México). Profesor Asociado del Departamento de Sociología. Director del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales (Pontificia Universidad Javeriana, Colombia). Correo electrónico: jefferson.jaramillo@javeriana.edu.co

Abstract

Two historical events marked the beginning of the Frente Nacional in Colombia. The first took place in May of 1958 when the transition government, led by a Military Junta, created the National Investigating Commission on the Present Causes and Situations of Violence in the National Territory. The second event coincided with the publication of the first volume of the book *La Violencia en Colombia* in July of 1962. While the objective of the Commission was basically to serve as an inter-institutional space to process the consequences of the so-called Violence, the objective of the book was to serve as an academic platform to denounce and reveal the manifestations of that Violence in the different regions, both ethnographically and sociologically. On the basis of press material from the period and interviews with experts, the article argues that the Commission did not accomplish its objective given the pact-based nature of the initiative. However, the established goals were achieved four years later with the publication of the book. That is, the regional analysis of the consequences of violence, partially achieved by the Commission, was later radically analyzed in-depth by a book that would soon become the emblematic memory of a period.

Keywords: Colombia, 1958 Commission, Frente Nacional (National Front), *La Violencia* (Violence).

Introducción

En mayo de 1958, en los inicios del Frente Nacional, el gobierno de transición liderado por una Junta Militar creó la Comisión Nacional Investigadora de las Causas y Situaciones Presentes de la Violencia en el Territorio Nacional. En pleno contexto de reacomodo político pactado por las élites nacionales, esta Comisión integrada por sectores institucionales (partidos Liberal y Conservador, Iglesia Católica y Fuerzas Militares) se constituiría para facilitar la pacificación, rehabilitación y asistencia humanitaria a las zonas afectadas por La Violencia. Luego de nueve meses de trabajo en las regiones más afectadas —entre ellas, los departamentos del Tolima, Valle del Cauca y Viejo Caldas— y de innumerables informes verbales al gobierno de Lleras Camargo sobre el quehacer de los comisionados y la situación crítica de estas regiones, la Investigadora concluirá su labor por designio gubernamental (Jaramillo, 2011a).

Tres años después de finalizada esta experiencia, aparecería publicado el libro *La Violencia en Colombia*, que permitió crear y legitimar en el imaginario nacional una especie de canon interpretativo de un periodo tristemente célebre en la memoria nacional. Este canon interpretativo, que pronto devino en una radiografía académica sobre lo sucedido, tuvo clara influencia durante varias décadas en la ciencia social criolla, al punto que fue el detonante de las visiones más o menos emblemáticas sobre lo ocurrido. Este artículo sostiene, a partir de un acopio de material de archivo de prensa de la época y entrevistas a expertos,¹ que lo que no pudo

1. El material de prensa fue recolectado a partir de los periódicos *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Siglo*, y correspondió al periodo comprendido entre julio y diciembre de 1962, el de mayor resonancia para el libro. Las entrevistas y el material de

hacer la Comisión en su momento, dado el carácter pactista que tuvo esta iniciativa, lo haría el libro cuatro años después, es decir, la radiografía regional de las secuelas del desangre que la Comisión logró parcialmente en su momento, sería luego profundizada radicalmente por el libro. En ese orden de ideas, el libro devendría en un vehículo y régimen de poder representacional sobre este periodo.

La Comisión de 1958

Entre 1958 y 1974 en Colombia, tuvo lugar un pacto político de unidad nacional denominado Frente Nacional. Este pacto fue básicamente un acuerdo de reparto equitativo del poder gubernamental entre las élites liberales y conservadoras durante dieciséis años que, en el papel, planteó un triple desafío institucional: pactar la paz, generar programas de desarrollo y favorecer la transición democrática (Gutiérrez, 2007). Precisamente, uno de los instrumentos políticos que sirvió a estos fines, al menos en sus comienzos, fue la Comisión Nacional Investigadora de las Causas y Situaciones Presentes de la Violencia en el Territorio Nacional, mejor conocida en su momento como La Investigadora, creada en mayo de 1958 mediante un decreto de emergencia (el decreto 0165 del 21 de mayo de 1958).

La Comisión fue integrada por los representantes de los poderes de la sociedad política y civil de ese entonces: dos miembros del Partido Liberal, dos del Partido Conservador, dos representantes de la Iglesia católica y dos militares; de ella estuvieron excluidos otros sectores como los campesinos y las mujeres, que para el momento aún no pertenecían a los cánones civilizatorios de la sociedad colombiana.² Visto retrospectivamente, dicho dispositivo fue guiado por dos fines políticos esenciales, propios del pacto dentro del cual nació. De una parte, realizar una radiografía local, regional y nacional de La Violencia, radiografía relativamente controlada por los poderes políticos en cuanto a asignación de responsabilidades individuales por lo sucedido; de otra, proporcionar insumos prácticos y ajustados al ideario frentenacionalista, para adelantar procesos de pacificación, rehabilitación y asistencia social humanitaria en las zonas más afectadas, especialmente los departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda, Valle del Cauca, Cauca, Huila, Santander y Tolima (Jaramillo, 2011a).

Dadas las limitaciones de la época, La Investigadora funcionó relativamente bien en medio de la elitista transición pactada, y posicionó dos prácticas de trámite importantes. La primera consistió en la firma de micropactos o ceses parciales al fuego mediante convenios, manifiestos

prensa fueron recogidos en el marco de la tesis doctoral.

2. La integraron, por el Partido Liberal, Otto Morales Benítez, quien hizo las veces de coordinador, y Absalón Fernández de Soto; por el Partido Conservador, Augusto Ramírez Moreno; por las Fuerzas Armadas, los generales Ernesto Caicedo López (en actividad) y Hernando Mora Angueira (en retiro); por la Iglesia, los sacerdotes Fabio Martínez y Germán Guzmán Campos.

y declaraciones de paz con diferentes facciones, con el fin de detener el enfrentamiento bipartidista en algunas zonas del país, especialmente en el departamento del Tolima, donde estos pactos fueron más comunes, aunque también más débiles con el tiempo (Jaramillo, 2011a). La segunda estrategia consistió en la asistencia social y económica a las regiones afectadas, no tanto a las víctimas que para entonces no existían como sujetos de atención.

La labor asistencial de La Investigadora estuvo respaldada por la creación de la Oficina Nacional de Rehabilitación, en septiembre de 1958, la cual seguirá funcionando incluso después de que los comisionados terminaran su labor en enero de 1959 (Jaramillo, 2011a). Aunque la Comisión nunca generó un informe oficial sobre lo sucedido debido al mismo control de las élites sobre los miembros de esta, sí fueron numerosas las noticias de prensa que llegaron al público de entonces sobre lo que acontecía con dicha Comisión y sobre su trabajo en las regiones; también lo fueron los informes verbales entregados por los comisionados al gobierno de Alberto Lleras Camargo, primer gobierno del Frente Nacional.

Además de contribuir con relativa utilidad a tramitar las secuelas de La Violencia, La Investigadora también fue un gran marco de sentido que contribuyó en su momento a la construcción de unas narrativas oficiales sobre lo sucedido, a la realización de un diagnóstico de la situación presente del desangre regional y al posicionamiento de unos discursos de futuro (Jaramillo, 2011a). En suma, la labor de La Investigadora no puede comprenderse hoy sino como parte de un mapa político conflictivo, en el que se configuró como parte de una estrategia política mayor de concentración de una política de élites, como la que desarrolló el Frente Nacional. En tal sentido, La Investigadora resultó tan funcional como reveladora. Sin proponérselo y tampoco sin sospechar los políticos en qué devendría, terminó convertida en una especie de vehículo de memoria en medio de la guerra, que sirvió para recordar un dolor sin cicatrizar y encontrar medidas funcionales para su superación.

El libro *La Violencia en Colombia*, sus conexiones remotas y directas con la Comisión de 1958 y el rol de los autores

Cuatro años después de finalizada la labor de La Investigadora, gran parte de sus hallazgos serían consignados en un libro que causó gran impacto y que llevó por título *La Violencia en Colombia (1962-1963)*. Aunque entre la Comisión y el libro no puede establecerse una conexión directa, sí puede decirse que ambos fueron determinantes para comprender la transformación del orden de las representaciones sociales y políticas que conllevó La Violencia.³ De manera general podemos decir que, si la

3. Para la época, hubo tres acontecimientos que fueron determinantes en la transformación de los ordenes de representación de La Violencia o, como ha sostenido Alberto Valencia, “transgresores del pacto frentenacionalista”: la Comisión que juzgó en el Congreso a Rojas Pinilla, la Comisión Investigadora y el libro *La*

Comisión fue una tecnología de trámite para las secuelas de La Violencia, el libro fue la plataforma académica y de denuncia que reveló etnográfica y sociológicamente sus manifestaciones en las regiones. Este libro, que proporcionaría una narración coherente, aunque emotiva y polémica sobre lo sucedido por aquel entonces, pasaría a convertirse en el primer relato emblemático académico de la violencia en un país latinoamericano y en uno de los mojones fundacionales de la ciencia social profesional en el país (Jaramillo, 2011a; Palacios, 2012).

Pese al acopio de un numeroso material testimonial en las zonas afectadas donde desarrolló las actividades la Comisión de 1958, los que hicieron parte de esta nunca generaron un informe oficial, dada la “enorme heterogeneidad de su composición y la poca credibilidad que había en las instituciones representadas por las personas que integraban la comisión”.⁴ Sin embargo, ella allanó el camino para el libro-memoria más editado, vendido y discutido en su género en el país: *La Violencia en Colombia (1962-1963)*. De hecho, al menos en 1962, 1964, 1968, 1977, 1980 y 2005, el texto fue reeditado por las editoriales Iqueima, Tercer Mundo, Punta de Lanza, Progreso, Carlos Valencia y Taurus. Además, su primer tiraje por la Editorial Iqueima fue de mil ejemplares y la segunda edición, polémica por lo que pudo inferirse de la prensa de la época, fue realizada por Editorial Tercer Mundo y tuvo un tiraje de 5.000 ejemplares, todos ellos agotados. El libro fue reseñado o al menos comentado por prestigiosos medios académicos como fue el caso de *Hispanic American Historical Review* o por intelectuales como el sociólogo Theodore Caplow, profesor de la Universidad de Columbia (New York) o el historiador Charles W. Arnade. Incluso, en el año 1962, sería declarado por el periódico *El Tiempo*, en su habitual balance de las principales publicaciones del país, como “El libro del año” en un periodo donde ya comenzaban a sentirse, según el columnista, “la supremacía de las monografías y la tendencia hacia los estudios técnicos”.

Germán Guzmán Campos en un simposio internacional sobre violencia, reconocería que dicha comisión fue solo “una precursora remota del libro” (Guzmán, 2009, p 47). Por otra parte, el mismo Otto Morales Benítez diría que no se explica “cómo él, siendo un escritor, nunca sistematizó el material [...] pero colocar de acuerdo a los comisionados hubiera resultado una tarea titánica”. Según él, la premura del momento estaba marcada por otras necesidades, y en ese sentido lo que hizo Guzmán Campos fue tomar, en medio del arduo trabajo, “atenta nota de lo que escuchaba y veía”; ese material sería luego insumo básico para el libro, en lo que pasaría a llamarse la Colección Guzmán cuyo paradero hasta ahora es incierto.⁵ Además, según Otto Morales, Guzmán Campos

Violencia en Colombia. Cfr. Valencia (2011).

4. Fragmento de entrevista realizada a Otto Morales Benítez por Indepaz. Disponible en: <http://www.c-r.org/our-work/accord/colombia/documents/Benitez.pdf>.
5. Frente a esta colección existen muchos rumores, que van desde considerar que

nunca consultó a los comisionados, ni tampoco solicitó autorización para publicar el libro. El libro resultaría, en ese sentido, “un encuentro accidental de él con Fals Borda y con Umaña Luna, que eran sus amigos y aunque fue considerado un trabajo de la Facultad de Sociología, fue un trabajo más de Guzmán”.⁶

Aun así, la participación de monseñor Guzmán Campos fue clave en esta empresa. Sin lugar a dudas, podemos denominarlo un “etnógrafo de La Violencia”, dado que aportaría información de primera mano (material fotográfico y testimonios, entre otros) recogido cuando fuera cura párroco del Líbano (Tolima) y como parte de los recorridos de la Comisión en las zonas afectadas. Su impronta se evidencia de “cabo a rabo” en los dos tomos. Del primero, elaboró diez de los trece capítulos, así como las palabras finales. Del segundo, elaboró ocho de los catorce capítulos, orientados básicamente a describir la historia y geografía de La Violencia, los elementos estructurales del conflicto y la terapéutica sobre La Violencia. Estos, además, pueden ser considerados la arquitectura del libro. También colaboraron de la escritura del libro el sociólogo Orlando Fals Borda, recién llegado de Estados Unidos, y el abogado penalista Eduardo Umaña Luna; aunque no integraron la comisión, elaboraron algunos de los capítulos del primero y segundo volumen del libro. A Fals Borda le correspondió la parte interpretativa del primer tomo, con un capítulo sobre la sociología de la violencia y otro sobre la estructura social colombiana, además del epílogo. En el segundo tomo, contribuyó con una senda introducción, en la que revela la dinámica de recepción del primer volumen desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, a partir de las reseñas y comentarios publicados en periódicos y revistas.⁷ Por su parte, Umaña Luna realizó, en el primer volumen, la descripción de los factores sociojurídicos de la violencia; y en el segundo tomo, un estudio sobre el andamiaje normativo en el contexto del conflicto y un capítulo sobre la niñez abandonada.

Si el primer autor le confirió al libro un carácter testimonial y de denuncia por el acervo de voces consignadas, los otros dos le imprimieron un sabor intelectual en muchas ocasiones con un lenguaje encriptado propio de los expertos del momento. Esto se refuerza más aun, si se tiene en cuenta que el libro fue pensado, planeado y lanzado, en parte, por la recién creada Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

El libro, en ese sentido, recoge el espíritu descriptivo, terapéutico y pastoral de un Guzmán Campos que había sido clave en la Comisión de 1958, combinado con un aroma academicista propio de la emergencia de

Guzmán vendió los archivos hasta la que asume que los archivos que la integran estarían en México, quizá en Chapingo, donde, luego de retirarse, el autor se radicó y vivió hasta su muerte.

6. Fragmento de entrevista realizada a Morales Benítez por Indepaz.

7. Sobre esta introducción, véase Cubides (1999); Guzmán (2009); Valencia (2011).

la sociología en la Colombia de los años cincuenta que quería posicionarse dentro de los cánones científicos norteamericanos. Años más tarde, Guzmán Campos contaría que para la construcción del libro se habría pensado también en otras voces, ya que habían sido invitados a participar en el proyecto a un psicoanalista y un militar, aunque ambos declinaron la oferta (Guzmán, 2009, p. 51). En la prensa de la época se habló incluso de que para el segundo tomo del libro participarían el cura y sociólogo Camilo Torres⁸ con un trabajo sobre las implicaciones morales de La Violencia. También se mencionó al sociólogo norteamericano Aaron Lipman, con un trabajo sobre las condiciones sociales de los desplazados en Bogotá; a Andrew Pearce, con un trabajo sobre el cambio cultural y al médico José Gutiérrez, a cuyo cargo estaría el estudio psicoanalítico de La Violencia. Sin embargo, ese proyecto no se llevó a cabo de esa manera.

Actualmente, da la impresión de que por aquel entonces se asumía que el libro debía superar el carácter cuasievangelizador de la Comisión del 1958 y concentrarse en el estudio científico de los determinantes de La Violencia, es decir, estudiar las causas objetivas, próximas y remotas del fenómeno. Aunque, desde la perspectiva de Daniel Pécaut, el libro terminaría combinando una especie de “progresismo sociológico con una buena dosis de reparación cristiana”.⁹ Finalmente, para que el libro saliera a la luz, son dignos de considerar en este proceso, “otros” factores extraacadémicos, como la licencia eclesiástica de la cual gozó Guzmán Campos para realizar la labor, aunque en la prensa de la época se pusiera en duda que el permiso eclesiástico fuera una realidad. Además de esto, fueron básicos la legitimidad otorgada por el gobierno de Lleras Camargo al tema y el aporte privado institucional de la Fundación de la Paz de propiedad de la familia Urrea.¹⁰

El libro y la primera lectura emblemática sobre la *Violencia*

El libro *La Violencia en Colombia* inaugura la *primera lectura emblemática sobre el pasado reciente de la violencia política en el país*. Esta lectura es emblemática por varias razones. Por una parte, inscribe e instituye otras formas de descifrar el desangre nacional, más allá del acalorado bipartidismo o de las visiones apologéticas de uno u otro bando. En ese sentido, el libro pondera la importancia del análisis sociológico para construir una visión explicativa sobre el pasado, el presente y el futuro de la Nación. La lectura ofrecida por este texto genera, en ese orden de ideas, una ruptura respecto a los cánones interpretativos del momento, en el cual impera más la visión novelada y autobiográfica sobre el tema. El mismo Guzmán Campos reconoce que esta obra marca una diferencia con

8. En realidad, el trabajo de Camilo, que se supone, haría parte del libro, fue el artículo que presentó en el I Congreso de Sociología, realizado en Bogotá en 1963. Dicho trabajo se titula “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”.

9. Entrevista con Daniel Pécaut, 23 de julio de 2010.

10. Entrevista con Álvaro Camacho, 21 y 23 de junio de 2010.

aquellas iniciativas que hasta el momento habían transmitido la memoria de estos episodios, como la “presa de la escueta enumeración de crímenes nefandos o de una fácil casuística lugareña” (Guzmán, Fals y Umaña, 2005, p. 37). Aunque también es cierto que el libro no puede escapar tan fácilmente al acumulado literario sobre este periodo. De hecho, a lo largo de sus páginas, si bien pretende hacer una lectura objetiva de los hechos, también acude y retoma permanentemente la literatura testimonial para contextualizar lo que pasó en ciertas zonas.¹¹

En relación con este tipo de literatura con la que el libro se ve confrontado, habría que decir que se caracterizó básicamente por una simbolización y representación de lo sucedido a partir de posicionar los relatos de algunos de los protagonistas de este periodo. Así, no será extraño que este tipo de literatura surja de “viejos líderes campesinos que habían tomado las armas, primero en las filas del liberalismo y luego en las autodefensas guerrilleras, o en los intelectuales liberales que hicieron su tránsito hacia el partido comunista” (Silva, 2007, p. 269). En tal dirección, según Rodríguez (2008), el periodo que va desde 1946 hasta 1965 se caracterizó, en Colombia, por la proliferación de varios libros de testimonios (vehículos de la memoria nacional) producidos por víctimas, victimarios, testigos, simples observadores o críticos, los cuales hasta el día de hoy resultan invaluable para entender los mecanismos mediante los cuales se representó y recordó el pasado de La Violencia.¹²

Dentro de estos vehículos vale la pena resaltar por ejemplo, las *Memorias de un pobre diablo*, del guerrillero liberal Saúl Fajardo; *Las Guerrillas del Llano*, de Eduardo Franco Isaza; o *Lo que el cielo no perdona*, del cura párroco de filiación liberal Blandón Berrío (el libro fue escrito bajo el seudónimo de Ernesto León Herrera). Pero no solo los liberales construyeron un acervo de literatura testimonial sobre el periodo, también lo hicieron los conservadores, quienes intentaron imponer determinadas representaciones del pasado, legitimar ciertos discursos morales y visiones de mundo. Esto se puede rastrear, por ejemplo, en *Las Balas de la Ley*, del policía conservador Alfonso Hilarión Sánchez; y en *Mi diario*, del obispo conservador Miguel Ángel Builes.¹³

Ahora bien, es posible afirmar que estos relatos funcionaron, antes que apareciera el libro *La Violencia en Colombia*, bajo la lógica de una guerra de espejos en la que la afirmación de la identidad de unos autores pasaba necesariamente por la confrontación con la identidad de otros.

11. Por ejemplo, cuando se habla de la dinámica de violencia en los Llanos se acude a la obra del coronel guerrillero Franco Isaza, *Las guerrillas del Llano* (1959) o la del coronel Gustavo Sierra Ochoa, *Las guerrillas de los Llanos Orientales* (1954). Para una ampliación de las fuentes de las cuales se alimentan los autores del libro, se recomienda Valencia (2011).

12. Sobre este tema se pueden consultar también Sánchez (2003); Vélez (2003); Figueroa (2004).

13. Obispo de Santa Rosa de Osos, población del Departamento de Antioquia, famoso por sus discursos incendiarios a favor de la violencia contra los liberales.

Además, varios de estos textos también fueron decisivos para articular una génesis sobre el periodo. Alrededor de esa guerra de espejos se construyó una interpretación de lo sucedido en la Nación y fue contra ella o con ella que el libro *La Violencia en Colombia* tendría que litigar. Así, la novela de Blandón, un policía que con el tiempo deviene en alcalde militar de Muzo (departamento de Boyacá), y las memorias del guerrillero, que funge también como jefe liberal en Yacopí (departamento de Cundinamarca), entran en tensión por la representación del mundo y la valoración que hacen de su contrario político.

En la versión del conservador, se considera que en Muzo “el orden es él” en medio del desorden provocado por la violencia liberal, lo que implica imponer códigos morales, pautar comportamientos y establecer una persecución sistemática a todo lo que huele a liberalismo. En cambio, en la visión del guerrillero, se expresa una protesta permanente a ser considerado un bandolero y un cuatrero por parte de senadores y políticos, pero sobre todo a que el gobierno insista en perseguirlo como jefe de las guerrillas liberales de Cundinamarca a él, que lo que hace es recuperar la dignidad liberal. También la novela del cura liberal se contrapone al diario del Obispo. Ambos ejercen su pastoral en una de las regiones más afectadas por La Violencia: Antioquia; ambos construyen escenarios de disputa por el sentido del presente y del futuro nacionales. Mientras el cura Blandón defiende a través de su libro a sus feligreses liberales de la persecución de los conservadores, y exige “justicia divina” para los conservadores que han asesinado liberales; el obispo de Santa Rosa de Osos estigmatiza a los liberales al considerar que no hay paz con los impíos, y tilda al liberalismo de ser la “pocilga de todos los errores” pasados y presentes, como reivindicación a la política de Mariano Ospina Pérez (Rodríguez, 2008).

A ese juego de relatos, en el cual se multiplican por doquier representaciones fragmentadas y partidistas sobre La Violencia, no será ajeno tampoco el Frente Nacional (1958-1978). En el marco de esta estrategia política, se ponen en juego muchos relatos que buscan legitimar explicaciones sobre lo sucedido, por ejemplo, a través de los grandes líderes políticos, como Laureano Gómez, el máximo líder del conservatismo, o a través de Lleras Camargo, líder del liberalismo, o a través de los jefes de directorios de partidos políticos regionales y locales. En todos ellos, existe como bien se anotaba antes, una retórica de la responsabilidad compartida por lo sucedido en los años de La Violencia, que busca, sin embargo, repartir culpas a todos y así evitar juicios específicos.

Sin embargo, el libro *La Violencia en Colombia* trata de romper o transgredir esa lógica y lo hace en términos de mostrar a La Violencia como un *proceso social*, “globalizando la descripción del fenómeno” (Sánchez, 2009a, p. 22) y haciendo una radiografía de lo sucedido desde “diversos ángulos”, más allá de las visiones de “cada uno” sobre dicho periodo.

Por otra parte, el libro es emblemático porque, para la época, se convierte en una especie de tribuna de la justicia frente a unas élites liberales y conservadoras que habían querido imponer y pactar cierres sobre La Violencia —lo que no logró hacer la Comisión de 1958— (Pécaut, 2003). De hecho, en una entrevista con Gonzalo Sánchez se afirmó que “El libro revela en la escena pública ‘la gran verdad’ de la violencia bipartidista, incluso, rompiendo los silencios que se estaban pactando por arriba. El ‘choque’ entre lo uno y lo otro, es monumental, gigantesco para la época”.¹⁴

A esto se añade que el trabajo es paradigmático, dado que traduce el análisis de la violencia en un ejercicio reflexivo sobre su naturaleza, desarrollo e impactos (Pécaut, 1998), pero también emerge como emblemático en su misión de curar un cáncer que azota la nación (Rueda, 2008). De hecho, para la época, el libro es asumido como una “radiografía de un cáncer generalizado”, de “un pueblo enfermo” por la violencia.

El libro también cobra un gran valor porque inscribe los testimonios de campesinos, combatientes y líderes políticos de las regiones como piezas centrales del informe; no los desecha sino que los exalta en su composición. Es decir, legitima y visibiliza sus voces en la escena nacional, cosa que no se había hecho hasta el momento bajo ningún esfuerzo institucional, a excepción de la Comisión de 1958. Dicha lectura se encarga, además, de legitimar una génesis de la guerra en el país, y la sitúa entre 1930 y 1958; hace énfasis en un *continuum comportamental* bipartidista desplegado en olas de violencia y olas de tregua. Esta génesis va a acompañada, a su vez, de una etiología de las causas sobre el fenómeno; de una exposición sobre su incidencia en la dinámica social; de una regionalización del fenómeno;¹⁵ y de una interpretación sobre su trascendencia en la psicología del conglomerado campesino.

Además, el libro trata en lo posible de producir y consolidar un discurso explicativo canónico sobre el pasado reciente, al romper “fronteras

14. Entrevista con Gonzalo Sánchez, 2 de julio de 2010.

15. Este esfuerzo por la regionalización y espacialización del fenómeno es crucial en los estudios sociológicos sobre violencia y, en general, en la historiografía del conflicto. Está presente, sin ser exhaustivos al nombrarlos, en los esfuerzos de Gillhodes (1974); Oquist (1978); Fajardo, (1979); Arocha (1979); Henderson (1984); Sánchez y Meertens (1983); Ortiz (1985); Legrand (1988). Un balance sobre el tema se encuentra en González (2009). La espacialidad y la georeferenciación de la guerra, si bien son destacados en esta comisión, desaparecen del espectro de intereses de la comisión de 1987, también conocida como comisión de violentólogos. Aparece nuevamente en el año 1991 de manera especial con el informe *Pacificar la Paz*, que condensó la experiencia de la Comisión de Superación de la Violencia. Luego estará presente en el trabajo de Cubides, Olaya y Ortiz (1998), que detalla el comportamiento homicida en términos territoriales, entre otras cosas. También está presente en el célebre trabajo de González, Bolívar y Vásquez (2003). Nuestra percepción es que de nuevo estaría emergiendo esta dimensión en el trabajo de *Memoria Histórica*, en los informes entregados hasta ahora.

geográficas y casuismos locales” (Guzmán, 2009, p. 56). Pare ello, se vale de distintas opciones, entradas metodológicas y disciplinares que para la época son dignas de destacar. Así, a lo largo de sus páginas, el libro combina un “flash” de historiografía nacional, un diagnóstico del presente, permanentes denuncias políticas, cuotas testimoniales y una dimensión terapéutica, que lo hacen único en su momento. Incluso, para uno de sus lectores contemporáneos, “de este libro, a pesar de su objeto de estudio tan dramático para la época, se derivará una lectura que hunde sus explicaciones en las bases estructurales del país, para comprender las estructuras agrarias previas como detonantes de la Violencia”.¹⁶

El libro y la institucionalización de una ciencia social incipiente en Colombia

La publicación del libro otorga tempranamente un estatus teórico a los estudios sobre la violencia en el país, y permite que se transite de un momento de representación novelesca de la violencia a una etapa de sociologización de sus causas y desarrollos objetivos.

En palabras de Ortiz (1994), con el texto operaría un tránsito entre la “representación de la violencia” y la “violencia como objeto”. Todo ello se corresponde además con un momento de institucionalización de la Sociología en la Universidad Nacional de Colombia en el que comienza a ser evidente también una “peculiar forma de intervención de los intelectuales en la sociedad” (Sánchez, 2009b, p. 9), y que va a permitir, con el tiempo, la eclosión de una “empresa académica del diagnóstico de la violencia” (Jaramillo, 2011b).

Lo llamativo aquí es que, de cara a la institucionalización de la sociología, este libro será una especie de “mojón inaugural” que rompe con una imposibilidad propia de una época en la que producir investigación sobre el tema era casi una odisea. Como han señalado Pécaut (1998) y Sánchez (1988), *La Violencia* no solo mató personas, sino también ideas, al impedir la consolidación y sedimentación de tradición investigativa y de centros de investigación; además, siempre rodeó el ambiente de amenazas sobre las instituciones y los investigadores que intentaran pensar el momento. Los intelectuales y artistas del periodo quedarán lamentablemente atrapados por esta confrontación, y se convertirían una especie de conciencia cautiva, pasiva y resignada en un país desangrado (Pécaut, 1998; Sánchez, 1998).¹⁷ En ese sentido, a los pocos académicos existentes les será imposible tomar distancia y convertir en objeto *La Violencia*. A lo más que se llegó fue a hacer relatos autobiográficos sobre el periodo, como se anotó anteriormente, dado que:

16. Entrevista con Teófilo Vásquez, realizada en Bogotá, 5 de marzo de 2010.

17. Uno de estos grandes intelectuales atrapado en su momento por la persecución fue precisamente Gerardo Molina, militante de izquierda, rector de la Universidad Nacional de Colombia, exiliado; tras su retorno al país fue rector de la Universidad Libre.

[...] ni los jefes de las bandas campesinas, ni las chusmas conservadoras, ni los sicarios, ni las células de la guerrilla o de autodefensa, teorizaron sus acciones, o por lo menos no en un lenguaje que se comunicase cómodamente con el de las universidades en las ciudades. (Pécaut, 1998, p. 65)

La violencia bipartidista, en ese sentido, será la responsable de que la comunidad intelectual se disgregue y se pierda y que solo vuelva a renacer en las décadas de los sesenta y setenta.¹⁸

Con el libro de Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna se romperá ese mutismo, y se abrirá la posibilidad de que un público más numeroso, quizá más calificado, que está ingresando a las universidades, acceda al mundo social de La Violencia. Ello coincide con un momento de modernización de la academia y de la cultura nacional, en el cual se expanden los productores, los intermediarios, los públicos y la demanda de analistas sociales y políticos (Sánchez, 1998). Ese momento modernizador favorecerá el surgimiento de una generación de intelectuales que *no se siente representada en el sistema de reparto político*. Es una generación “atrapada y rebelde” que encuentra en el libro *La Violencia en Colombia* una fuente de crítica a los estragos que los partidos políticos habían causado durante los años cuarenta y cincuenta, sobre todo, “del nivel de impunidad que eludió el castigo para los responsables de la tragedia nacional [...] premiándolos con lugares principales en la escena política” (Silva, 2007, p. 269). Será la generación que intente establecer las causas objetivas de La Violencia, al igual que lo hizo el libro. Por un tiempo, esta militará o compartirá con la izquierda ciertos ideales programáticos y ayudará a educar a otra generación que emergería en los ochenta y noventa. En el fondo fue un grupo heterogéneo de intelectuales que intentó dar testimonio de sus orígenes, al hacer memoria de la guerra afectada por su propia memoria de los hechos.¹⁹ Testimonio que, en el caso de algunos,

18. Renace con intelectuales, activistas, profesores y pensadores de distintas tendencias políticas y visiones diferenciadas, no solo frente a lo que pasa en el país, sino también respecto a las formulas a seguir para lograr cambios. Melo (2008), a propósito del tema, menciona varios nombres de significativa importancia: Jorge Gaitán Durán, Mario Laserna, Mario Arrubla, Camilo Torres, Antonio García, Diego Montaña Cuellar, Álvaro Delgado, Virginia Gutiérrez de Pineda, Gerardo Reichel-Dolmatoff, Jaime Jaramillo Uribe, Germán Colmenares, Juan Friede, Orlando Fals Borda, Luis Guillermo Vasco, Rubén Jaramillo, Víctor Daniel Bonilla, Horacio Calle, Estanislao Zuleta, Jorge Villegas, Pedro Gómez Valderrama, Luis Villar Borda, Rafael Gutiérrez y Carlos Rincón.

19. Habría aquí una diferencia entre la memoria del que narra y la memoria nacional. La primera estaría más cerca de eso que Maurice Halbwachs llama *la memoria autobiográfica*. Recordemos que este sociólogo hace una diferenciación entre memoria interior o autobiográfica y memoria exterior o histórica. La primera se apoya en la segunda, dado que la primera es íntima y la segunda es general. Sin embargo, es consciente de que la histórica (aunque ese término de por sí le parezca muy cuestionable) es más resumida en la visión de la vida que

los llevó a realizar una mixtura entre conocimiento y contestación política, pero desde la arena civil,²⁰ aunque en otros casos también llevó a la toma de armas²¹.

A partir del libro se abrirán temáticas que van a ser objeto de indagación futura en el campo de estudios sobre La Violencia. En ese sentido, algunos han considerado que a partir de la publicación de este libro se erige una enorme montaña de publicaciones sobre el tema (Sánchez, 2009a), publicaciones que asumirán como propia una de las tantas vetas de este trabajo pionero. Así, sin sospecharlo, este texto transitará de ser “libro memoria” a “libro premonición” (Sánchez, 1999), que deja el embrión explicativo de muchas vetas para las nacientes ciencias sociales del país: las guerras, las negociaciones, las amnistías, los actores, las dimensiones estructurales del conflicto, los desplazamientos, los despojos, las colonizaciones, la degradación de los grupos y el conflicto armado. Sin embargo, para Pécaut, fue solo un mojón inicial, porque las obras universitarias que abordarán el tema, más allá de lugares comunes o de estereotipos culturales o de imágenes simplificadoras del universo rural, comenzaron a escribirse solo hasta finales de los años setenta y ochenta. Estos estudios serán los que permitan dar cuenta, incluso rompiendo con la lectura emblemática del libro de Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna:

[...] de la diversidad y de la combinación de las dimensiones de los fenómenos, rescatando el papel de los actores, ya no reduciéndolos a ser más que la expresión pasiva de las estructuras y confrontando las posiciones que anulan las interferencias e intermediaciones entre las violencias heterogéneas. (Pécaut, 1998)

Finalmente, el libro se constituye en una muestra del acopio de técnicas y material, las cuales van de alguna u otra forma a prefigurar las herramientas que en adelante serán privilegiadas por los científicos sociales. Este es un proceso que involucra varias fases. Por una parte, los autores comienzan a sistematizar el material ya recogido por los comisionados en las localidades y regiones (toma de notas de campo y testimonios claves de campesinos, jefes guerrilleros y subalternos, exiliados, presos, jueces, notarios, jefes religiosos y militares y autoridades gubernamentales).

nos ofrece, mientras que la autobiográfica se caracteriza por generarnos “una representación mucho más continua y densa de nuestra vida” (Halbwachs, 2005, p. 55). Por su parte, la noción de memoria nacional se nutriría de la reflexión del historiador francés Pierre Nora, quien considera que mediante esta entran en relación todos aquellos escenarios donde se solidifica el patrimonio y la identidad de una nación. Esta memoria nacional estará condensada y transmitida a través de los llamados *lieux de mémoire* (Cfr. Nora, 1998). Nuestra percepción es que la memoria nacional en Colombia estaría atravesada por una o varias “memorias de la violencia” articuladas a distintos grupos, aunque no se reducirían a ella.

20. El caso específico del sociólogo Orlando Fals Borda.

21. El caso del cura y sociólogo Camilo Torres.

A esto le añaden un mapeo de la violencia²² realizado con la ayuda del Instituto Agustín Codazzi, por departamentos y municipios, información que se complementa con la investigación histórica y de archivo en parroquias, notarías, juzgados, inspecciones de policía y ministerios, así como la recolección y clasificación de elementos culturales utilizados en la violencia. En la labor se analizarán series estadísticas (por ejemplo, la estadística sobre mortalidad consignada en el segundo tomo), así los datos con los que contarán fueran incipientes y precarios para la época. Con la participación de Fals Borda y Umaña Luna, el libro introducirá a su vez las lecturas de los clásicos de la sociología norteamericana y los estudios socio-jurídicos en la comprensión del fenómeno, las cuales también aparecerán insertas en los currículos de la época, por ejemplo, Parsons, Merton, Coser, Sorokin, Gluckman, Gurvich, entre otros.

Ruptura o continuidad del libro con el pacto frentenacionalista

La Violencia en Colombia se convirtió pronto en un vehículo de la memoria de un pasado siempre en disputa, como ha sido y seguirá siendo el pasado de nuestra guerra. Lo significativo aquí es que, para la época, este texto expresó las tensiones que podían llegar a ocurrir en la recuperación de sus huellas, en un presente en efervescencia y de permanente “turbación del orden público” pese al clima de pactismo de la época, como lo fue el clima de la transición del desangre bipartidista. De hecho, en el libro se muestran las implicaciones de reconstruir la memoria y la historia de la guerra dentro de la guerra misma, desafío que ha sido una constante en el país. Lo importante es que sitúa en la escena pública una memoria pública conflictiva sobre el episodio de la violencia bipartidista que hace un cierre de lo sucedido entre 1930 y 1958, en un país marcado por visiones unilaterales y apologéticas provenientes de diversos sectores. Así, el libro termina realizando un corte, una edición sociológica sobre la memoria del pasado nacional que quiere reconstruir, aunque de hecho la guerra siga avanzando silenciosamente. Es, de todas formas, el primer y quizá el único libro memoria de gran trascendencia para el país que más claramente acomete esta labor de apertura histórica y cierre académico del pasado.

22. Al ser un libro pionero en destacar el tema de la espacialización de La Violencia, también es cierto que adolece de tratamientos rigurosos sobre la “representación cartográfica de la violencia”, según lo han reconocido Pissosat y Gouëset (2002), dado el bajo desarrollo de la geografía como disciplina por entonces, en la visión de sus autores se terminará agrupando en los mapas producidos, bajo la misma denominación de “violencia” hechos muy diferentes entre sí (matanzas, torturas, desplazamientos forzosos). La representación geográfica de la violencia evoca, en ese sentido, la vaguedad semántica del nombre asignado a este periodo como La Violencia, que evita designar con exactitud las fuerzas presentes y, por el contrario, sugiere una responsabilidad difusa, compartida por todos los colombianos.

Al exponer una responsabilidad estructural sobre lo ocurrido, el primer tomo del libro desencadena acaloradas reacciones de la prensa, de los poderes civiles, eclesiásticos y militares, lo que no va a suceder, por ejemplo, con el informe de la Comisión del '87 (Colombia, Violencia y Democracia), conocida también como la “Comisión de expertos”, así como con otros informes de comisiones publicados en el país. En su momento, Fals Borda leería estas innumerables reacciones como síntoma de un retraso cultural de ciertos sectores del país, especialmente los políticos y religiosos, para aceptar las evidencias sobre los hechos, y como expresión de una inmadurez social, enraizada en la cultura nacional, que imposibilitaría consensuar sobre el deber ser de la nación (Guzmán, Fals, Umaña, 2009, p. 67, tomo II).

Sin embargo, no es de extrañar que un trabajo de esta magnitud, que pretende sacudir la enclenque tranquilidad de la época que se ha encargado de vender el ideario frentenacionalista, termine siendo también un escenario de tensión y de luchas discursivas por posicionar y legitimar distintas versiones y representaciones sobre lo que pasó en el país. Lo extraño sería que no lo fuera. Aún así, lo potente de esta experiencia está en que en su momento, y de acuerdo con las palabras de Crenzel para el caso argentino con el informe *Nunca Más*, avanzó en la conformación de un nuevo régimen de memoria sobre ese pasado, para constituirse en muchos escenarios políticos y académicos en la forma predominante, quizá hegemónica, a partir de la cual muchos sectores de la sociedad colombiana pensaron, recordaron y representaron La Violencia (Crenzel, 2008, p. 186).

Del múltiple cúmulo de reacciones que el libro desata y que Fals Borda recoge de manera esquemática y analítica en la Introducción al segundo tomo (1963), a partir de la revisión de las reseñas y comentarios publicados en revistas y periódicos no especializados, quisiera destacar brevemente algunos casos. Inicialmente, el libro fue objeto de ponderación y expectativa desde julio de 1962 hasta más o menos agosto de ese mismo año. También se habló de este en los periódicos *El Espectador*, *El Tiempo*, *El Siglo*, *La Nueva Prensa* y *Sucesos*. Se dijo que era un “libro objetivo y valiente, producto de una serena reflexión, que ningún colombiano podría leer sin estremecerse de vergüenza y frustración” y que deberían “leer los gobernantes”.

Sin embargo, el libro también fue objeto de críticas provenientes de sectores partidistas y eclesiásticos, a partir del mes de septiembre y hasta octubre de ese año. Los conservadores van a aducir que se escribió en defensa de la versión liberal de La Violencia, básicamente desde una “posición sectaria”.

Alrededor de esta visión serán canónicas tanto la mirada de uno de los gestores del Frente Nacional, como lo fue Gómez Hurtado, para quien el libro terminaría siendo “mañoso y acomodaticio” y la del senador lauranista Darío Marín Vanegas, quien promoverá en el Senado un “debate secreto” sobre el mismo texto.

Para la Iglesia Católica, sobre todo a partir de la reseña del texto realizada por el sacerdote jesuita Miguel Ángel González, se trató de un libro con faltas históricas, sociológicas y estadísticas, además se adujo la “mala fe” de los autores y se consideró muy precario en términos de antecedentes de La Violencia, flaco en fuentes y con metodologías bastante sospechosas.

El alto clero incluso llegó a pronunciarse sobre la “inoportunidad de su publicación” en una época de reconciliación y de cierre del pasado, en la cual en lo menos que había que pensar era “hacer historia del desangre”.

Durante este periodo, el texto se debatiría a puerta cerrada en el Congreso, donde políticos y militares van a confrontar su contenido. Aquí se enfrentarán los más radicales y los más progresistas. Incluso sus autores no escaparán a innumerables ataques y argumentos *ad hominem*, que confrontarían sus adscripciones religiosas y personales, sus pasados académicos y sus visiones de país. A finales de diciembre de 1962, el libro, como dirá Fals Borda, será objeto de una crítica más cerebral, aunada también a la aparición de otros estudios sobre el tema y otras reseñas.²³ A partir de entonces, el libro entrará a ocupar un lugar importante en los sitios de la ciencia social colombiana.

Epílogo: un canon interpretativo del desangre en tres lecturas

Un epílogo a lo dicho e ilustrado hasta ahora asume que este libro memoria y libro premonición lega a la ciencia social un canon interpretativo de La Violencia a partir de tres grandes lecturas: una subjetiva, otra estructural y otra jurídico-social. La primera de esas lecturas considera que existen unas “cadenas de violencia en el alma nacional” y emerge del discurso en parte pastoral en parte sociológico de Guzmán Campos. Se caracteriza dicha interpretación, por comprender la violencia bipartidista de manera esencialista, y en ella navega una visión de la condición humana del colombiano, atravesada más por la emoción que por la sensatez política. Esa visión concibe que la visceralidad del colombiano no es un trazo pasajero, sino una huella fatídica, casi apocalíptica, impresa en toda nuestra cultura, la cual comienza a detonar cuando el “virus de la Violencia se toma los campos”.

En dicha lectura, aunque se asegura que el campesino no ha desatado la guerra, se reconoce que él mismo acepta el reto que esta le depara, porque está casi destinado a ser un “bárbaro en la vindicta”. Bajo esta lectura, da la impresión de que el campesino acepta su destino, porque en su naturaleza ancestral se ha despertado algo que está doblegado por los periodos de paz. En la visión de Guzmán Campos, que al parecer será la que más cobre importancia en el sentido común, y de la cual se sedimente el locus común de “cultura de la violencia”, existe una visión consecuencial del pasado. Es decir, lo que nos afecta de manera brutal y protuberante

23. Introducción de 1963 al segundo tomo (Guzmán, Fals y Umaña, 2005, p. 33)

en el presente es resultado de lo que en determinado momento alguien hizo o dejó de hacer en el pasado, signando de esa manera el presente y el futuro del alma nacional. La vía de superación de este “Apocalipsis” será entonces la de reconciliación de los espíritus.

Ahora bien, esta mirada del cura Guzmán Campos se acompaña a lo largo de los dos volúmenes del texto de un sinnúmero de metáforas y estereotipos culturales, los cuales de alguna manera también terminan objetivadas y mimetizadas en la comprensión “común” de La Violencia. Es posible que muchas de ellas sigan presentes en interpretaciones académicas, culturales y políticas sobre el tema. Valdría la pena rastrearlas discursivamente en un estudio más amplio como el propuesto aquí. Por ejemplo, nombrar la violencia bipartidista como: *estado antisocial, cáncer, enfermedad nacional, brutalidad aberrante, vorágine incontenible, bestialidad, monstruosidad, virus nacional, odio larvado, dosis explosiva de resentimiento, maquinaria del odio*, o incluso, hablar del *dócil y pasivo campesino, eterna víctima de la explotación*, en contraposición con el *matón consagrado* o el *político cerril*. Estas visiones están relacionadas también con maneras particulares de nombrar la condición cultural de los habitantes de ciertas zonas donde se sintió con fuerza La Violencia: el llanero como *acrisoladamente honrado*, o el boyacense como *laborioso, de frío valor y metódico en pobreza*, o el tolimense como *pasivo y estático*.

La segunda lectura es la estructural²⁴, que emerge del sociólogo Fals Borda —formado en Estados Unidos y, para la época de publicación del texto, recién graduado de su doctorado en Florida— tiene una clara fragancia de la sociología rural canónica norteamericana, en particular la de Lowry Nelson y Thomas Lynn Smith, con quienes compartió en Minnesota y Florida. En ella pretende explicar las tensiones derivadas de los cambios socioeconómicos en una sociedad colombiana agraria y agrietada; una sociedad agrocentrista, pasiva en sus tradiciones y con sistemas políticos gamonalistas; una sociedad que necesita y debe transitar hacia formas modernas de vida, con producciones más racionalizadas que le permitan superar las secuelas de la violencia. En este marco, la lectura de lo que ha pasado en el territorio nacional, se explica por una especie de “sismo” de gran magnitud en las estructuras nacionales. La violencia ya no es una condición atávica, sino una desviación de un patrón normal de conducta. Sin embargo, atavismo y desviación terminan pareciéndose, porque ambas invocan la tesis de la corrección moral. Lo desviado y lo atávico puede ser nuevamente encausado, corregido, normalizado. Esto es posible, si se entiende el alma nacional del colombiano, según la lectura de Guzmán, o se superan los detonantes históricos de la incorrección, en el caso de Fals Borda: la impunidad, la falta de tierras, la pobreza, el fanatismo y la ignorancia en la nación.

Finalmente, está la lectura sociojurídica del penalista y funcionario público Umaña Luna, que no se distancia mucho de la visión estructural

24. Una aproximación a esta lectura se encuentra en Guzmán (1990).

de Fals Borda. Esta lectura considera que el problema se explica por un dramático desequilibrio entre instituciones, fuerzas del orden e ímpetus rebeldes de los campesinos. Las primeras no logran colmar las expectativas de los segundos y hacen que estos busquen conductas más afines a sus demandas. La consecuencia es que los primeros actúan represivamente frente a la rebelión de la población. En esta imagen, las instituciones ejercen una decisiva influencia en la socialización del individuo para evitar la anomia y la desviación. En una sociedad bien ordenada debería existir entonces una clara conformidad entre el cuerpo normativo y los actos de los individuos. La sociedad colombiana hija de La Violencia sería todo lo contrario a ese tipo normalizado de vida bien ordenada, dado su alto grado de impunidad, flaqueza institucional y comportamientos desviados de la norma. Para su superación, sería necesaria una gran “profilaxis social”, que pasaría por una macro reforma institucional, específicamente en las instituciones jurídicas.

Aunque asumimos de antemano el riesgo de ser demasiado esquemáticos, ya que no es nuestra pretensión realizar una historiografía o sociología de la violencia a través del libro, lo común a todas estas lecturas es que combinan en su explicación del “ser violento colombiano”, la “visceralidad subjetiva” con la “ignominia estructural”. Lo llamativo para quien lea el libro hoy es que ambas flotan permanentemente en todos los capítulos de los dos tomos. Más aún, en las tres lecturas parece emerger, como lo anota una analista del periodo y como ya se evidenció en la prensa de la época, la idea de que la sociedad colombiana es un “organismo atacado por un cáncer generalizado”. De tal forma, “el papel de los científicos sociales (en este caso del cura etnógrafo, el sociólogo de profesión y el jurista) es estudiar la sociedad como un cuerpo, descubrir su enfermedad e indicar un posible remedio para la misma” (Rueda, 2008, p. 357). Esa lectura servirá, además, para fortalecer la tesis de que La Violencia en tanto cáncer generalizado debe ser extirpado con más modernización social e ingeniería social (Jaramillo, 2011a). Esta modernización haría de Colombia, en la lectura de sus autores, una nación más cercana a la civilización (Zuleta, 2010), pero se dejará claro que esa labor no será únicamente del Estado sino, ante todo, responsabilidad plural de todo el país, o al menos así deduce de la famosa sentencia repetida por doquier por estos tres autores: “todos nos equivocamos, por tanto, todos somos responsables”.

Dicha imputación de responsabilidades al “nosotros nacional”, al “alma colombiana”, a la “cultura tropical del colombiano”, excluirá o evaporará ciertas responsabilidades individuales, lo que deja a la historia como el gran juez. Lo paradójico es que aquello que había adelantado la Comisión de 1958 con la idea de ser consecuente con el gran pacto de caballeros del Frente Nacional se terminará reproduciendo de alguna manera en el libro. Un libro que prometía, como se mostró a lo largo del texto, romper con ello a través de los cánones científicos. Nuestra percepción es que la fórmula “todos somos responsables del desangre” seguirá

siendo una fórmula útil políticamente más allá de la Comisión de 1958 y del libro memoria. Será la mejor fórmula para editar nuestro pasado nacional y enfrentar de manera “más leve” el presente y el futuro. Trascenderá el Frente Nacional y llegará también a posicionarse de alguna forma bajo el ropaje de los discursos de la cultura democrática propios de la década de los ochenta, cuando se insertará la II Comisión de Estudios de La Violencia y el libro *Colombia, Violencia y Democracia* (1987/2009).

Fuentes primarias

a. Prensa

- *El Espectador* (1962): 26 de agosto; 26 de septiembre; 7 de octubre; 21 de diciembre.
- *El Siglo* (1962): 15 de septiembre; 26 de agosto; 23 de septiembre; 22 de diciembre.
- *El Tiempo* (1962): 19 de agosto; 3 de septiembre; 7 de octubre; 17 de noviembre; 26 de noviembre; 31 de diciembre.

b. Entrevistas

- Álvaro Camacho, 21 y 23 de junio de 2010.
- Daniel Pécaut, 23 de julio de 2010.
- Gonzalo Sánchez, 2 de julio de 2010.
- Teófilo Vásquez, 5 de marzo de 2010.

Bibliografía

- Arocha, J. (1979). *La Violencia en el Quindío, determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio caficutor*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Comisión de Estudios Sobre la Violencia. (2009). *Colombia, Violencia y democracia* (Quinta edición). Informe presentado al Ministerio de Gobierno. Medellín: La Carreta-Iepri.
- Crenzel, E. (2008). *La Historia Política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cubides, F. (1999). La Violencia en Colombia: glosas de un lector de hoy. *Revista Colombiana de Sociología*, 4(1), 34-42.
- Cubides, F., Olaya, A. C. y Ortiz, C. M. (1998). *La violencia y el municipio colombiano 1980 – 1997*. Bogotá: CES/Universidad Nacional de Colombia.
- Fajardo, D. (1979). *Violencia y desarrollo. Transformaciones sociales en tres regiones del Tolima*. Bogotá: Suramericana.
- Figuroa, C. R. (2004). Gramática-violencia: Una relación significativa para la narrativa colombiana. *Tabula Rasa*, 2.
- Gilhodes, P. (1974). *Politique et violence: la question agraire en Colombia 1958–1971*. Paris: Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- González, F. (2009). Espacio, conflicto y poder: las dimensiones territoriales de la violencia y la construcción del Estado en Colombia. *Revista Sociedad y Economía*, 17, 185-214.

- González, F. E., Bolívar, I. J. y Vásquez, T. (eds.) (2001). *Violencia Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep.
- Gutiérrez, F. (2007). Violent Liberalism? State, Conflict and Political Regime in Colombia, 1930-2006. *Working paper Ise-destin* (19), 1-71.
- Guzmán, Á. (1990). *Sociología y Violencia*. Documento de Trabajo N.º 7. Cali: Cidse.
- Guzmán, G. (2009) [1986]. Reflexión crítica sobre el libro *La Violencia en Colombia*. En G. Sánchez y R. Peñaranda (comp.) *Pasado y presente de La Violencia en Colombia* (pp. 47-59). Medellín: La Carreta.
- Guzmán, G., Fals Borda, O. y Umaña, E. (2005). [1962, 1963]. *La Violencia en Colombia* (tomos I y II). Bogotá: Taurus.
- Halbwachs, M. (2005). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Ediciones Universitarias de Zaragoza.
- Henderson, J. (1984). *Cuando la Violencia se desangró. Un estudio de la Violencia en Metrópoli y Provincia*. Bogotá: El Áncora.
- Isaza, F. (1959). *Las guerrillas del Llano*. Caracas: Universo
- Jaramillo, J. (2011a). La Comisión Investigadora de 1958 y la Violencia en Colombia. *Universitas Humanística*, 72, 37-62.
- Jaramillo, J. (2011b). Expertos y comisiones de estudio sobre la violencia en Colombia. *Revista Estudios Políticos*, 39, 262- 289.
- Legrand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Melo, J. O. (2008). *Universidad, Intelectuales y Sociedad: Colombia 1958-2008*. Conferencia dictada en la Universidad de los Andes. Consultado el 12 de mayo de 2011, de: http://www.jorgeorlandomelo.com/intelectuales.htm#_ftn2..
- Nora, P. (1998). La aventura de Les Lieux de mémoire. Josefina Cuesta Bustillo (ed.). Memoria e Historia. *Revista Ayer*, 32, 17-34.
- Oquist, P. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Banco Popular.
- Ortiz, C. M. (1994). Historiografía de La Violencia. En B. Tovar. *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ortiz, C. M. (1985). *Estado y subversión en Colombia, la violencia en el Quindío años 50*. Bogotá: Uniandes/Cider.
- Palacios, M. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Pécaut, D. (2003). Acerca de la violencia de los años cincuenta. En D. Pécaut (ed.). *Violencia y Política en Colombia. Elementos de reflexión* (pp. 29-44). Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Pécaut, D. (1998). La contribución del IEPRI a los estudios sobre la violencia en Colombia. *Análisis Político*, 34, 64-79.
- Pissoat, O. y Gouëset, V. (2002). La representación cartográfica de la Violencia en las ciencias sociales colombianas. *Análisis Político*, 45.

- Rodríguez, N. (2008). *Los Vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la violencia (1946-1953)*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Rueda, M. E. (2008). Nación y narración de la Violencia en Colombia (De la historia a la Sociología). *Revista Iberoamericana*, 74 (223), 345-359.
- Sánchez, G. (1988). Rehabilitación y Violencia bajo el Frente Nacional. *Análisis Político*, 4, 26-53.
- Sánchez, G. (1998). Intelectuales, poder y Cultura Nacional. *Análisis Político*, 34, 99-119.
- Sánchez, G. (1999). Reseña al libro *La Violencia en Colombia*. *Credencial Historia*, 110.
- Sánchez, G. (2003). *Guerra, memoria e historia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sánchez, G. (2009a) [1986]. Los estudios sobre la violencia. Balance y perspectivas. En G. Sánchez y R. Peñaranda (comps.). *Pasado y presente de La Violencia en Colombia* (Primera reimpression) (pp. 17-32). Medellín: La Carreta.
- Sánchez, G. (2009b) *Presentación. Comisión de Estudios sobre la violencia, Colombia: violencia y democracia*. (pp. 7-21). Medellín: La Carreta.
- Sánchez, G. y Meertens, D. (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: Áncora.
- Sierra Ochoa, G. (1954). *Las guerrillas en los Llanos Orientales*. Manizales: Imprenta Departamental de Caldas.
- Silva, R. (2007). Guerras, memoria e historia. En R. Silva. *A la sombra de Clío* (pp. 259-280). Medellín: La Carreta.
- Valencia, J. A. (2011). El juicio Político a Rojas Pinilla en el Congreso de la República de Colombia (1958-1959). Tesis doctoral (inédito). 515 páginas.
- Vélez, J. C. (2003). Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia. Entre las memorias literales y las memorias ejemplares. *Estudios Políticos*, 22.
- Zuleta, M. (2010). La moral de la crueldad. *Revista Nómadas*, 33, 13-30.

Figura 1. El literato-político, el cura-etnógrafo, el militar: algunos de los notables de la Comisión del 58



Fuente: *El Tiempo*, 26 de noviembre de 1958

Figura 2. Firma de un micropacto entre los comisionados y los alzados en armas en el Tolima



Fuente: *El Tiempo*, 3 de septiembre de 1958

Figura 3. La aclaración de Betancur de la empresa Editora Tercer Mundo, que público la segunda edición de *La violencia en Colombia*

"Ediciones Tercer Mundo" y su Posición en el Libro "La Violencia en Colombia"

El Ministro del Trabajo, doctor Belisario Betancur ha enviado a "El Espectador" la siguiente comunicación aclaratoria:

Bogotá, diciembre 21 de 1962

Señor Director de
"El Espectador"
La Ciudad.
Señor Director:

Reciba mi muy atento saludo

Con respecto a una información aparecida en "El Espectador" sobre el libro "La Violencia en Colombia" de que son autores Monseñor Germán Guzmán y los doctores Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, quiero precisar lo siguiente:

- 1º La investigación para dicho libro fue financiada por la "Fundación por la Paz", entidad cuyos integrantes ignoro y a la que nunca he pertenecido
- 2º La primera edición fue financiada por dicha entidad y auspiciada por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional
- 3º La segunda fue hecha, a título de editores, por "Ediciones Tercer Mundo", sociedad limitada, constituida hace algo más de un año, a la que pertenezco, de cuya orientación no hago parte desde cuando asumí el Ministerio del Trabajo, y que gerencia el doctor Luis Carlos Ibáñez. Dicha sociedad ha editado, también, obras de Raimundo Emítiani Román, Otto Morales Benítez, Alberto Aguilera Camacho, José Gutiérrez, Belisario Betancur, Héctor Rojas Herazo, Luis Eduardo Nieto Arteta, un volumen sobre la Reforma Agraria con estudios de los doctores Carlos Lleras Restrepo, Alvaro Gómez Hurtado, Alfonso López Michelsen, Diego Tovar Concha, Gilberto Arango Londoño, Jesús María Arias, Alfonso Uribe Misas, Alberto Aguilera, Diego Montaña Cuéllar, y acaba de aparecer un volumen sobre "Violencia y Justicia" del doctor Jorge Enrique Gutiérrez Anzola.
- 4º Por el hecho de editar un escrito ninguna editorial, ni taller, ni impresora son solidarios con el contenido de lo editado. Tal ha ocurrido con algunas de las obras antes mencionadas, y concretamente con "La Violencia en Colombia", libro en el cual hay apreciaciones que no comparto. Precisamente en una nota introductoria de la segunda edición, dicen "Ediciones Tercer Mundo": "Como editores, nuestra tarea en modo alguno significa solidaridad con el pensamiento de los autores, ni en este ni en ningún caso".

En cuanto al fondo del tema, no encuentro constructiva una polémica en torno a heridas que un nuevo clima político trata de restañar, y sobre cuyo turbio remanso el país reflexivo no puede quedarse dando vueltas indefinidamente, con peligro para los no escasos avances que en el campo de la convivencia hemos logrado ya los colombianos.

Aprovecho la ocasión para repetirme de los directores de "El Espectador", como su atento servidor y amigo,

BELISARIO BETANCUR

Figura 4. El mejor libro del año

EL TIEMPO

BALANCE DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFICO DE



Monsenor Gerardo Guzmán
Autor de "El libro y el hombre" y "El libro de la Biblia" de Gerardo Guzmán. Este libro es un estudio sobre el libro y el hombre, publicado por el Centro de Estudios de la Universidad de Bogotá. El libro es un estudio sobre el libro y el hombre, publicado por el Centro de Estudios de la Universidad de Bogotá.



Eduardo Umaña Lima
El mejor libro del año y el más importante: "La Violencia en Colombia" - La promoción de las monografías y la tendencia hacia los estudios técnicos. - El pensamiento de la poesía y de la novela. - La intensa labor de los casos editoriales. - Los antologías de máxima importancia. - Los menores niveles por el humor y el teatro. - Las obras de derecho y de medicina. - Un año de buen rendimiento.



Orlando Fals Borda
Este libro habla sobre el fenómeno de la violencia en Colombia, publicado por el Centro de Estudios de la Universidad de Bogotá. El libro es un estudio sobre el libro y el hombre, publicado por el Centro de Estudios de la Universidad de Bogotá.



Gerardo Guzmán
Este libro habla sobre el fenómeno de la violencia en Colombia, publicado por el Centro de Estudios de la Universidad de Bogotá. El libro es un estudio sobre el libro y el hombre, publicado por el Centro de Estudios de la Universidad de Bogotá.

Por E. O'Neil MacCormick. Especial para EL TIEMPO.

Fuente: *El Tiempo*, 31 de diciembre de 1962

Figura 5. Suplemento literario donde se informa del carácter e impacto del libro

Es comprensible que el libro "La Violencia en Colombia" —y especialmente el capítulo del doctor Fals Borda— no se hubiese entendido por representantes de otras profesiones distintas a la sociología, como un libro de física nuclear tampoco sería entendido por un médico. Cada ciencia tiene su terminología y conceptualización propias, que son las herramientas mentales con que trabajan sus seguidores. Es lamentable que, los conceptos sociológicos empleados en aquel capítulo, no hayan sido entendidos por algunos críticos, aún más, recordando que estos conceptos son los que han venido privando en la sociología desde hace veinte años, algunos, derivados de otras obras del mismo Sokorin y que son del diario trajinán y que son del principiante en sociología. Que ya se ha corrido mucho trecho desde aquellos días cuando cualquier persona podía llamarse así mismo sociólogo, se demuestra por el hecho de que el mismo capítulo fue leído en el V Congreso Mundial de Sociología —verificado el mes pasado en Washington— donde fue recibido con aplauso y comentario favorable por las muchas eminencias científicas de los cinco continentes que allí se reunieron. Es que empieza a relejarse una sociología respetable con tinte nacional, equiparable a la de otros países. Y por lo visto, no podrá ya nadie arrebatárle este mérito a la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

Fuente: *El Espectador*, 7 de octubre de 1962

Aparecerá II Tomo de "La Violencia en Colombia"

Y También Nueva Edición, en 1963

El psicoanalista bogotano, doctor José Gutiérrez —co-proprietario de "Ediciones Tercer Mundo", en asocio de los doctores Belisario Betancur y Luis Carlos Ibáñez— anunció ayer la próxima aparición del Segundo Tomo y una nueva edición del libro "La Violencia en Colombia". "Tercer Mundo" patrocinó la

segunda edición de la obra de que son autores Monseñor Germán Guzmán, el sociólogo Orlando Fals Borda y el penalista Eduardo Umaña Luna. Esta edición, de 5.000 ejemplares, se encuentra totalmente agotada en las librerías, por lo cual la empresa inicia una nueva, cuya cantidad no fue precisada por el doctor Gutiérrez.

El Dr. Martínez Vallejo, Gerente de "Telecom"

Por decreto 3387 expedido en la tarde de ayer, fue nombrado gerente de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones el doctor Ramón Martínez Vallejo, abogado conservador, ex-senador de la República por el departamento de Córdoba, en representación del lauréatismo.



Martínez Vallejo

El doctor Martínez Vallejo en esta alta posición reemplaza al doctor Guillermo Sendoya Naranjo, quien desempeñaba la gerencia desde hacía varios años y había presentado renuncia en pasados

"Puedo informarle, sin embargo, que hemos descartado la posibilidad de una edición popular y que "La Violencia en Colombia" tendrá una circulación restringida a ciertos círculos", dijo Gutiérrez.

EL SEGUNDO TOMO
Según las mismas informaciones, a comienzos del próximo año aparecerá el segundo tomo de la obra, en cuya preparación participan, además de sus tres autores iniciales, el Padre Camilo Torres, con un trabajo acerca de las implicaciones morales de la violencia; los sociólogos norteamericanos, profesores Lipman y Kivetz, con una investigación sobre "las condiciones sociales, en Bogotá, de los desplazados por la violencia"; el profesor Andrew Fears, con un estudio sobre "el cambio cultural de los campesinos" y el doctor José Gutiérrez, a cuyo cargo está el examen psicoanalítico de la violencia.

El segundo tomo también será editado por "Tercer Mundo", firma que ha editado también obras de Belisario Betancur, José Gutiérrez y Otto Morales Heróles.

Fuente: *El Espectador*, 21 de diciembre de 1962

Figura 7. "Duda" sobre el *imprimatur* de la curia para la edición del libro

Sin el Imprimatur de la Curia se Editó el Libro "La Violencia en Colombia"

El libro "La violencia en Colombia", escrito por monseñor Germán Guzmán, en colaboración con los doctores Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, fue impreso sin el respectivo permiso del Ordinario, como lo ordenan las leyes eclesiásticas.

De acuerdo con los cánones eclesiásticos, todo libro escrito por sacerdotes debe aparecer con el "imprimatur" respectivo.

En las primeras páginas del libro "La violencia en Colombia", solo se encuentra una breve introducción, o testimonio, que dice:

"El autor principal de la obra (monseñor Guzmán), se somete de antemano a la doctrina de la Iglesia y declara que rechaza formalmente cualquier concepto reñido con la cristiana ortodoxia.

Deja, además, constancia expresa de su gratitud a cuantos facilitaron la aparición de este libro y de manifiesta especialísima al doctor Orlando Fals Borda, quien revisó los originales, imponiéndole una labor abrumadora; al presbítero Camilo Torres Restrepo, fraternal impulsador de todas las horas; a la facultad de sociología de la Universidad Nacional, que promovió la idea de la investigación, y al campesinado colombiano, cuya tragedia pudo apreciar sobre el terreno, gracias a su generosa hospitalidad".

Sin embargo, no hay constancia de que se haya solicitado y obtenido el permiso del Ordinario, "imprimatur", como lo ordenan las leyes eclesiásticas.

(Vea en las páginas de Divulgación Ideológica (10) un análisis del Padre Miguel Ángel González, sobre el libro "La Violencia en Colombia").

Fuente: *El Siglo*, 23 de septiembre de 1962

Figura 8. Más allá de las visiones personales sobre la violencia

Página 4-A



En momentos en que todos parecemos decididos a combatir sin más treguas y sin ninguna pausa el azote de la violencia en sus múltiples manifestaciones, parecería aconsejable proceder en primer término a la operación consistente en que cada uno renuncie a la idea y a la imagen que de la violencia tiene y que contrasta generalmente con la del vecino, de manera que no coincidan las dos en más de un rasgo.

Son muchos los que insisten, con razones más o menos aceptables, en señalar a la política como causa original de la violencia que hoy sufren algunas regiones. Si el que habla o escribe es conservador, dirá que los primeros atropellos y crímenes se remontan a 1930. Si es liberal, fijará como punto de partida el año de 1947. Algunos llegan a ponerse de acuerdo para etimnar todo lo anterior al 9 de abril y hacer de aquel que ha sido llamado "día de la ira" o de "la vergüenza" o "del horror", según el caso, como fuente de todos los males que en los últimos tiempos —mantengámonos, por ahora al menos, en esta locución que nada con precisión determina— ha soportado la República. No hace mucho que personalidades científicas con autoridad que no estamos en condiciones de calificar acertadamente pero a quienes no nos atrevemos a descalificar con ligereza que sería por lo menos censurable, han estado estudiando desde diversos ángulos el fenómeno. Todas ellas parecen coincidir en la complejidad del mal, en la multiplicidad de los factores que en él concurren y en la dificultad no solamente de curarlo sino de pronunciar sobre él un diagnóstico acertado. Esta es, a nuestro juicio, la posición más seria y más respetable que la de

cuantos no se preocupan sino por un aspecto —el partidista o sectario— de una cuestión que nunca podrá ser estudiada sino renunciando de antemano y con buena fe de la cual nadie pueda sospechar, a que en la discusión prevalezcan ideas preconcebidas que en nada o en muy poco se diferenciaran de los simples prejuicios.

El de la violencia es, desgraciadamente, un tema que tiene actualidad permanente aunque todos debemos procurar que cuanto antes pase a ser solo un ingrato y doloroso recuerdo lleno de enseñanzas útiles, y si hoy volvemos sobre el ello se debe a que hemos sido testigos de la violencia y concertada acometida de que se hace objeto actualmente en la prensa conservadora a un libro que representa quizás el más serio aporte documental al estudio del gran problema. La obra del presbítero Guzmán y de los doctores Fals Borda y Luna no aspira a haber dicho la última palabra ni presume de infalibilidad, pero no cabe duda de que sus páginas reflejan, con pavorosa fidelidad, una gran parte de lo que han sufrido los colombianos y especialmente los campesinos, en los últimos años. La forma despectiva y aun injuriosa en que sus autores son tratados por algunos comentaristas de su libro, podría formar un nuevo capítulo de la obra. Al leerlos hemos pensado con preocupación patriótica que el esfuerzo nacional para librarnos de la violencia deberá comenzar por la renuncia individual y colectiva a las imposiciones que parecen irresistibles de un sectarismo que en realidad no ha muerto y que se diría agazapado en las páginas de algunos diarios, esperando la oportunidad más propicia para reaparecer, desde luego en nombre de la ecuanimidad y de la necesidad de luchar contra el espíritu de partido.

Fuente: *El Espectador*, 26 de septiembre de 1962

Figura 9. El libro como radiografía de...

Radiografía de un Pueblo Enfermo

La aparición del libro "La Violencia en Colombia", es importante por constituir una herramienta de trabajo que el Estado colombiano tiene la obligación de utilizar, si en realidad tiene el propósito de comprometerse a fondo en una lucha sin cuartel contra la violencia. Es una nítida radiografía de una sociedad enferma, indispensable para acometer la ardua tarea de su tratamiento. Algunos manifiestan impaciencia porque al libro no presente, a manera de conclusión, las fórmulas que debieran emplearse para erradicar este morbo del cuerpo social colombiano.

Fuente: *El Espectador*, 26 de agosto de 1962. Suplemento literario.

Figura 10. Un libro escrito en los cánones de la científicidad

Hace poco, Monseñor Guzmán dijo en una conferencia pública: "Un libro se escribe para presentar ciertas tesis e ideas que puedan considerarse como aportaciones al conocimiento de hechos importantes. El de la violencia que, algunos, como es natural, han criticado, tiene tesis e ideas que se han presentado, no de manera dogmática, sino para que estudien, discutan y corrijan con nuevas evidencias, si están erradas, para en esta forma hacer avanzar el conocimiento del fenómeno de la violencia. Todo ello dentro de los cánones de la objetividad y sobre todo diciendo la verdad".

Fuente: *El Espectador*, 7 de octubre de 1962. Suplemento literario

Los Apologistas de la Violencia

Se ha intensificado la circulación de "La Violencia en Colombia", escrito presentado como "Estudio de un Proceso Social". El carácter científico que se le atribuye y las manos que se juntaron para redactarlo, despertaron la curiosidad natural entre un público que desde hace años espera con impaciencia el análisis serio del fenómeno.

Cualquier obra científica, sobre todo las relativas a estos temas, debe estar presidida por una imparcialidad absoluta, altura y nobleza de propósitos, y la indispensable preparación intelectual de sus autores. Lo contrario conduce a los lugares comunes que plagan la serie de cuentos, novelas y loas al bandolerismo con que ha sido atosigado el lector colombiano.

Hemos buscado en vano estas cualidades en el escrito de monseñor Germán Guzmán, Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda, para encontrarle, en cambio, abundantes características de panfleto.

La interpretación parcializada y el sectarismo, descarado o latente, dominan todas las líneas, desde las páginas iniciales en donde se agradece a los jefes bandoleros que no hayan matado a los investigadores, hasta el capítulo final, donde el sociólogo del grupo emplea todo su arsenal de vocablos "técnicos" para presentar al conservatismo, al ejército, la policía y el gobierno como culpables exclusivos de todos los crímenes que su colega el señor Guzmán ha relatado con morbosidad insana en la primera parte del panfleto.

Consecuentes con sus intenciones los autores hacen coincidir la aparición de la violencia con la subida del conservatismo al poder en 1946. Por eso los hechos de 1930 se relegan a la categoría de simples "antecedentes históricos"; a pesar del reconocimiento de que "es bárbaro el momento: hay asesinatos, casas quemadas, gentes incineradas, exiliados a Venezuela..." (página 24) la violencia del año 30 aparece misteriosa: no hubo responsables, el gobierno no intervino, el partido vencedor tampoco, ni la policía, ni las guardas departamentales. No deja rastro, no produce efectos, se diluye totalmente. Solo hay víctimas; miles de víctimas conservadoras. Al sacerdote-sociólogo únicamente se le ocurre preguntar: "¿Quién torna a recontarlas?"

La agitación, sabotajes y actos subversivos contra el gobierno conservador, que conmovieron al país en los años 47 y 48, apenas se mencionan. El 9 de abril solo "cae asesinado el doctor Jorge Eliecer Gaitán" (página 34). Nada más. En un estudio sobre la violencia en Colombia solamente se dedica una línea a esta fecha, y únicamente se alude a sus consecuencias de manera incidental.

¿No sucedió más el nueve de abril? El escrito no lo dice; habría sido molesto deslindar responsabilidades y, sobre todo, resulta imposible atribuirselas al conservatismo.

Los hechos de trascendencia nacional desaparecen ante la brillante narración de las aventuras de algún bandolero de apelativo sonoro. Lo que acontece en el parlamento queda opacado por el relato de la "inegable habilidad" de un expresidente (Página 35) y de sus seguidores que "...entre Castel y Praga asosinan a un trabajador y hieren a tres. Desde ese momento se constituyen en defensores de la región, custodios de los campesinos y adalides de la libertad". (página 36).

Esta lógica peculiar es típica del escrito, que en definitiva se reduce a un intento de probar cómo a base de asesinatos los jefes bandoleros se transformaron en "custodios de los campesinos y adalides de la libertad". Jamás hubiera soñado salteador alguno con semejante apología.

Los fines partidistas de quienes escribieron "La Violencia en Colombia", un sociólogo protestante, un abogado liberal y un cura párroco católico, le quitan toda respetabilidad a la obra. Nos han entregado un escrito de la clase de "Viento Seco", "Las Guerrillas del Llano" o "Lo que el Cielo no Perdona", cuyos autores un liberal apasionado, un bandolero del Llano y un sacerdote renegado, al menos no pretenden encubrir su alegato sectario con pretextos científicos.

Figura 12. Lectura para gobernantes

Pero volvamos al libro sobre la violencia, que todos los colombianos deberíamos leer. En su página 225 hay estampada una frase que merece serena reflexión y obliga a tomar la determinación de corregir los errores cometidos:

"Es necesario gritarle a Colombia que su tragedia se originó primariamente en una crisis de la clase dirigente política".

Del Odio a la Reflexión

En una edición limitada han empezado a circular ya los primeros ejemplares de ese libro objetivo y valiente, sin finalidades de lucro pero que, seguramente, constituirá un clásico "best seller" y cuyo impacto en la opinión pública va a ser definitivo. Ese libro se llama "La Violencia en Colombia", publicado por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional dentro de su importante colección "Monografías Sociológicas". Se trata de un libro tremendo que ningún colombiano puede leer sin experimentar un profundo estrechamiento de ver-

guenza, de frustración, de cólera y de amargura. Un libro que al suscitar diversos estados de alma, contradictorios y penosos, lleva finalmente a una serena reflexión sobre la magnitud de la tragedia que vivió nuestro pueblo y que, desgraciadamente, vive aún.

Este libro será leído y comentado por nuestros hombres públicos. Tiene que serlo. Lo será también por los estudiosos de muchos países. Constituirá texto obligado de consulta en muchas facultades y Centros de Estudio de Colombia y del exterior, consagrados al progreso de las Ciencias Sociales en sus múltiples ramificaciones. En sus amargas páginas se ha hecho la disección de un proceso social que, por sus especiales características de insensatez y de salvajismo, puede considerarse como único en el mundo y en la historia de la humanidad. Un proceso de patología social que ocurre

Fuente: *El Espectador*, 19 de agosto de 1962

Figura 13. Ataques al libro desde el conservatismo

Nuevo Ataque de Marín V. a Libro sobre Violencia

El senador laureanista, doctor Darío Marín Vanegas —promotor de un "debate secreto" en el Senado, sobre supuesta infiltración política en las Fuerzas Armadas— reanudó ayer sus ataques al libro "La Violencia en Colombia".

En alocución radial transmitida anoche en Medellín, Marín Vanegas protestó porque "en la propia librería del Ministerio de Guerra —a menos precio del que tiene en las librerías particulares— se vende y distribuye "La Violencia en Colombia".

Dijo el doctor Marín Vanegas que esa actitud "contradice la condena hecha en el Senado por el Ministro de Guerra al libro que son autores Monseñor Germán Guzmán, el sociólogo doctor Orlando Fals Borda y el jurista doctor Eduardo Umaña Luna".

Fuente: *El Espectador*, 17 de noviembre de 1962

Un Libro Sectario

Numerosos han sido los conceptos en torno del libro "La violencia en Colombia", especialmente a través de la prensa. Por lo general se lo comenta favorablemente, pues ofrece aspectos desconocidos y al propio tiempo documentados de la tragedia criminal que conmueve al país desde hace años, y a veces la impresión de que el tema se enfoca por lo alto, desde una especie de teles-trella imparcial, que le daría extraordinaria y aún cristiana autoridad. Ahí está el veneno de los autores.

Es un documental a todo color escrito a tres manos, sectarias o mejor dicho, a seis manos: las de monseñor Germán Guzmán y de los doctores Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. Quienes al fin no debieron de realizar un mayor esfuerzo para colmar de interés sus páginas, pues ya de suyo el tema lo proporcionaba, y de qué manera espantable, La violencia, desde el punto de vista de la literatura, es un estupendo, un inagotable manantial de imágenes al parecer inverosímiles, pero en realidad ajustadas a otras tantas heroicidades del delito en sus más crueles manifestaciones, personalizadas en el "hombre colombiano". De manera que tampoco hubo que importar nada para que los tóricos relatos y los comentarios analíticos resultaran originales, según las exigencias de los que no ven nada potable en las letras nacionales.

El lector se entusiasma, pues, si es que aquí puede hablarse de entusiasmos de la lectología, y en ocasiones va también a incendiarse de angustia y deseos de venganza, cuando tiene ante sus ojos la danza macabra de aquellas imágenes inverosímiles, de orgía en orgía con sus víctimas inocentes. Son los hechos desnudos de la violencia. Sus efectos próximos. Antes o después tendrá el lector las causas del drama, dosificadas tendenciosamente en los distintos capítulos, y casi que también el nombre de los dramaturgos. De hecho en hecho y de deducción en deducción anti-conservadoras van pasándose estas páginas de erudo sabor partidista con empaque de "técnicos". Y así hasta llegar al final. Se cierra entonces el libro y el lector está en suspenso. Vuelve sobre las andadas para detenerse instintivamente en algo que le quedó sonando. No son de ningún modo los crímenes atroces, pero sí el concepto analítico de fondo, en el capítulo II, página 39:

"La primera ola de violencia. Una equivocada estrategia política había enfrentado ferozmente a los partidos, pues la campaña electoral (la de 1949) se basó en tres factores determinantes:

- a) Estabilización del grupo conservador en el poder, con exclusión violenta del contendor liberal.
- b) Utilización de la policía en una campaña de persecución, innegablemente pensada y planeada desde altas esferas del gobierno.
- c) Declaración de la resistencia civil por el partido liberal perseguido.

"Gestado así el conflicto, la afloración lógica, inevitable era el choque, la violencia. ¿El pueblo, en este caso, el campesinado, inició la violencia? No pudo ser.

"¿Gobierno y dirigentes se confabularon involuntariamente por un raro fenómeno de tangencia para victimar al pueblo?

"El morbo abarca todo el país que ve despavorido la comisión de delitos, no solamente atroces sino inimaginables".

Sin embargo, no es esto solo. El partido conservador, como culpable de la violencia en primer grado, según los sectarios autores, tuvo en aquellos años otras gravísimas responsabilidades, que habilidosamente salen del cuenta-gotas. Demandarían espacio para reproducirlas, y más aun, para rectificarlas. Pero con lo transcrito basta y sobra para deducir a las primeras de cambio que "La violencia en Colombia", como examen de una tragedia nacional y como voz de alerta, no solo es otra ráfaga del eterno olimpo liberal, sino una desalentadora demostración de que los autores del libro hacen también violencia histórica. Pero oportunamente volveremos sobre el tema y con más detenimiento.

Figura 15. Fragmentos de la reseña del libro realizada por el sacerdote Miguel Ángel González

1 — Las fuentes

Las fuentes de donde se toman los "acontecimientos" o "facta" solo podían favorecer a priori a una de las partes, no en lo accidental o anecdótico simplemente, sino precisamente cuando se trata de clarificar los puntos centrales y debatidos del conflicto. Se tropieza a lo largo del libro con decenas de citas y testimonios de revistas, periódicos, libros, colecciones personales, testimonios juramentados por los propios bandoleros, etc., que solo maliciosa o ingenuamente se podría suponer que favorecieran determinada opinión. Las notas a todo lo largo del libro, por ejemplo, están tomadas de la revista "Semana", "El Tiempo", "El Espectador", los jefes de determinado partido político, el comité central del partido comunista, un sacerdote excomulgado, la dirección nacional de un partido, y sobre todo las declaraciones de los propios criminales o víctimas de la violencia.

En segundo lugar el autor principal acude frecuentemente a lo que él denomina "Documentos — Colección Guzmán", en un sistema de auto-citas ad infinitum. De esta manera cualquier escritor puede llegar a cualquier conclusión, fabricándose su propio archivo. ¿Cómo, con qué criterio fueron coleccionados tales datos, nombres, crímenes? Este sistema lo ha definido alguien como "corte de obscurum per obscurius", en el que el problema oscuro se define por referencia a otro todavía más oscuro.

4 — Las estadísticas

El método de

"La multiplicación por 2"

El libro ciertamente es rico en datos de todo género, lo que supone un gran esfuerzo. Se confiesa la falta de mejores fuentes para establecer el número de víctimas y las pérdidas materiales. Esto es exacto. Escogieron entonces un método simple que permitiera suplir la deficiencia, que consistió en multiplicar por dos las cifras incompletas. Tal sistema es muy discutible y arbitrario. Quizá hubiera sido preferible presentar únicamente los datos disponibles, analizándolos según su procedencia, sin aventurarse a hacer cálculos de escritorio. Se multiplicaron por dos los muertos del Tolima, pero no los del Valle y otras regiones gravemente afectadas, donde se presenta también la misma inexactitud estadística que en el Tolima.

Fuente: *El Siglo*, 23 de septiembre de 1962. Suplemento

Figura 16. La crítica cardenalicia al libro

EL SIGLO — Información General

No es el Momento de hacer Historia Sobre la Violencia

Sostiene el Cardenal Concha Córdoba. "Hay demasiadas pasiones todavía que oscurecen el criterio y que llevarían a formular juicios inexactos y a hacer imputaciones injustas", sostiene el prelado. Velada referencia al libro "La Violencia en Colombia". Carta de despedida dejó antes de viajar al Concilio Ecueménico.

Fuente: *El Siglo*, 7 de octubre de 1962